

habiéndolas desollado, nos llevamos sus pellejos velludos á Cartago. Volvió en fin con sus barcos adornados con ramas de laurel, y se erigió como un monumento á Neptuno en el cabo Bueno un altar cubierto con bajos relieves, representando en mosaicos figuras humanas, leones y delfines.

Establecía Amilcar hácia la misma época, unaserie de colonias en la costa occidental de la Europa, y depositó tambien en el templo una relacion que ya no existe. Sacó partido de ella en su poema geográfico Rufo Festo Avieno. Arribó despues de un viaje de cuatro meses á la Gran Bretaña, aunque las colonias que fundó no pasasen del cabo Sagrado (San Vicente) y el Anás (el Guadiana). Se han descubierto tambien señales de los cartagineses en el Jutlan meridional; se ha pretendido tambien haber encontrado un resto púnico en la selva de Boston; ¡pero cuántas casualidades pueden haberlo llevado allí!

Sería demasiada exigencia querer que ellos hubiesen ya admitido lo que ciertas naciones rechazan aún en el día, es decir, el libre comercio. Lejos de esto, su celo no descuidó nada para asegurar la conservacion del monopolio. Cartago era la cabeza y el corazon, las colonias no debían de obrar sino por su interés, no enriquecerse ni abrir sus puertos á los barcos extranjeros, á los cuales cerraban *per fas et nefas* los pasos y mercados. Era tanto más codiciado el monopolio cuanto más ventajoso es ejercitarlo con bárbaros, que cambian sus géneros por bagatelas. Sino pudieron ser solos los cartagineses los que traficasen en el Mediterráneo occidental, hicieron todos sus esfuerzos para hacer frente á la concurrencia de sus rivales. Tenía en ellos la piratería un enemigo vigilante. Se ocupaban poco del comercio de comision, teniendo el negociante sus barcos particulares, que el mismo conducía. Ejercíase la hospitalidad para encontrarla á su vez, y á semejanza de los griegos cambiaban con sus huéspedes señales de reconocimiento.

Sacaban del interior del Africa los negros (muy estimados en Italia): piedra y oro, de Grecia; algodón, de Malta; betun, de Lipari; cera, miel y esclavos, de Córcega; hierro de la isla de Elba; vendían á las islas Baleares vino y mujeres, al mismo precio de los servicios milita-

res, y exportaban mulas y yeguas. Iban hasta la extremidad occidental de la Europa, á las islas Casiteridas (Sorlingas) á buscar estaño y ámbar; tal vez consiguiesen tambien el último en Sanland: sus establecimientos y los de los masilianos que vinieron por tierra á estas playas, contribuyeron á desbatar á los habitantes de las dos costas de la Mancha.

No traficaban sólo por mar, y si bien es cierto que su rivalidad hizo desaparecer las huellas de su comercio por tierra, podemos al ménos adivinar cuál era la direccion. Nos dice Herodoto que ocurrían al interior del Africa en busca de esclavos, y de granos y polvo de oro á la Nigrícia, donde abundaban mucho, con tal que llevasen los utensilios más necesarios; la sal, que se encuentra allí por bancos y capas, ha sido tal vez depositada por una mar que ya no existe, y los dátiles que crecen donde no hay trigo, en los confines del gran desierto entre los 29° y 26° de latitud Norte. Recolectándose estos frutos en Octubre, sustituyen al pan, proporcionan tambien una bebida fermentada que se conserva fácilmente, y se transporta hasta la Nigrícia allende el Niger: sobre todo, los habitantes del desierto van á buscarlos al Biledulgerid, donde se los cambian con el producto de sus rebaños. El modo con que los cartagineses adquirían el oro no está aún en desuso. Depositaban sus mercaderías á orillas de un rio, donde llevaban los bárbaros la cantidad de oro que creían bastar para el cambio; volvían los mercaderes al mismo paraje, y si no encontraban suficiente volvían á tomar sus géneros; entonces añadian los naturales á lo que habían dado hasta conformarse ambas partes.

No podía el comercio á tan gran distancia y á través de tantos peligros hacerse por traficantes aislados; era necesario reunirse en caravanas, cuyas estaciones se convirtieron en centros de operaciones muy importantes. Pudo conocer Herodoto en Egipto gentes de todos los países de Africa y recoger detalladas noticias sobre la patria de cada uno. Sería imposible dudar leyéndole que recorrieran entonces los mismos caminos que el día para comunicarse el alto Egipto y Fezzan, Cartago y los países situados allende el Niger. Estaba además atravesada toda la parte septentrional del Africa por caminos, en todas direcciones, cuya existencia

se ha reconocido por los viajeros modernos. El principal depósito del comercio africano era el templo de Ammon, enriquecido con inmensos donativos ofrecidos por la gratitud de aquellos que volvían del interior del Africa despues de haberse escapado de tantos peligros.

Hizo tres veces el viaje del desierto el cartaginés Magon, sin más provision que harina tostada. Ya hemos mencionado el viaje de exploracion emprendido por cinco jóvenes nasamonés (es decir, libios de la Sirte) hasta las orillas del Niger, viaje cuyo relato habían oido los Cireneos de boca de Etearco, rey de los amonios.

Era importante, para conservar las comunicaciones libres y las colonias en la dependencia, sostener grandes flotas que impidiesen el desembarco de los rivales, así como tambien el de los enemigos; tal fué el sistema de los cartagineses. Aumentáronse cada vez más sus fuerzas en sus sucesivas luchas con los etuscos, griegos y masilianos y despues con los romanos, y es de admirar la prontitud con que reparaban sus pérdidas. Su principal puerto era Cartago; no emplearon primero más que triremes, y despues de haberlos agrandado en tiempo de Alejandro, llegaron en la época de la guerra púnica á construir barcos de cinco y siete andanadas de remos, que llevaban en su popa las efigies de sus dioses marinos, Poseidon, Triton y los cabiros. Armaron contra Siracusa de ciento cincuenta á doscientos barcos, muchos más contra Roma, y en la batalla que abrió el Africa á Régulo, trescientas cincuenta galeras, equipadas por ciento cincuenta mil hombres, pelearon contra cuarenta mil romanos que tenían trescientas treinta galeras. Proporcionaron á Jerjes hasta dos mil grandes barcos y tres mil de transporte. Una galera de cinco andanadas llevaba á su bordo ciento veinte soldados y trescientos marinos; por eso eran tan rápidas sus evoluciones; los esclavos remaban. Dependían los almirantes de los generales de las tropas de tierra en las expediciones que se hacían de concierto sino procedían del Senado. Eran las victorias una ocasion de regocijos públicos, así como las derrotas lo eran del general luto.

Prestaron ménos atencion á la organizacion de sus fuerzas de tierra, compuestas en su ma-

yor parte de mercenarios reclutados entre todas las naciones; veíanse á la vez galos desnudos, iberos vestidos de blanco, ligurios, montañeses al lado de nasamonés y lotofagos, á los cuales se unían los ginetes numidas y honderos baleares. Sabían los cartagineses lo que costaba un soldado griego, uno africano ó campanio; por eso colocaban en la balanza los gastos de un ejército con el fruto probable de una conquista. Al fin de la campaña rescataban los prisioneros, y se pagaban los gastos con lo que producía el país cuya posesion se había adquirido. Eran difíciles la desercion ó traicion en aquellas filas, compuestas de hombres de todos países, en atencion á que peleaban fuera de su patria y contra pueblos más pobres; eran además un obstáculo la diferencia de idioma y religion, para que pudiesen concertarse entre sí, aunque algo en detrimento de la disciplina. Eran penosos los trasportes por mar, y las epidemias frecuentes. Como semejantes soldados no tenían el valor que tiene por base el patriotismo y el sentimiento de la dignidad individual, resistían mal á tropas nacionales y disciplinadas.

Era la caballería un arma dispendiosa, compuesta de nobles cartagineses que se adornaban con un anillo en cada expedicion en que tomaban parte. Había una legion sagrada de ciudadanos, vestidos con ricos uniformes militares.

Era, pues, entre los cartagineses el dinero el principal móvil de la guerra, esta fuerza de los estados comerciales. Era la industria su principal fuente de riqueza, tanto para la fabricacion como para el comercio; debe añadirse á esto las aduanas, los peajes, los derechos de entrada en los puertos, los tributos de los pueblos vasallos y los de las colonias, tributos pagados comunmente en especie, y que se aumentaban segun la necesidad. Sacaban tambien gran producto de las minas que hacían explotar por esclavos, obligando tambien á los indígenas á trabajar en ellas. En circunstancias urgentes hacían expediciones á título de represalias.

Compúsose la religion de los cartagineses de elementos libios, mezclados con creencias fenicias; tienen nombres casi idénticos con los de los tirios, sus dioses, Elim, Alomin, Baalat,

Melcarte y Dan. Tributaban principalmente culto al sol, como poder generador, bajo el nombre de Baal-Moloch; era tan profunda la veneración que le tenían, que temiendo pronunciar su nombre le designaban bajo los nombres del Anciano, el Eterno. Tanto el idolo de Baal como el Moloch de Tiro, eran de metal, con los brazos extendidos y con una cavidad en el pecho, donde se arrojaban niños en un horno ardiendo. Estaba asociada al dios Varon la diosa Astarta, la cual tenía numerosos templos, y su culto, impregnado de voluptuosidad, sobrevivió al establecimiento del cristianismo. Después seguía Melcarte, rey de la ciudad, en cuyo honor, así como en todas las colonias fenicias, se encendían grandes fuegos, y se le enviaban ofrendas á Tiro. Tributaban también culto á los cabiros, de los cuales el octavo, Peon, médico divino, era honrado en toda el Africa donde hacía curas milagrosas; reconstruyóse su templo aún bajo el poder de los romanos, y los médicos y sabios se reunían allí para discutir y hacer de profesores. Eran los cabiros como los dioscuros, de quienes tenían mucho, protectores de los navegantes, y Cartago ostentaba por blasón al caballo consagrado al dios de los mares. Fué también honrada Elisa ó Dido como diosa por los cartagineses, cuyas asambleas se verificaban en su presencia; reverenciaban también á los hermanos de Filelo, cuyor altares marcaban el límite entre Cartago y Cirene. Creían que las almas de los buenos subían hácia la luz eterna, y llamaban á la muerte el último puesto del comun descanso. Algo adoptaron de la religión de los vencidos; así es probable que aprendieran de los africanos á adorar á los vientos, al fuego, al aire y á la tierra; provino para ellos el culto Ceres y de Proserpina de la Sicilia; el de Iolas, sobrino de Hércules, de la Cerdeña. Entre ellos no formaban los sacerdotes una casta aparte: escogidos entre los principales ciudadanos se les honraba mucho, teniendo encargo de implorar respecto á todos los actos solemnes, la bendición de los dioses por medio de ceremonias religiosas.

Pero la religión adquirió entre ellos el sello de su carácter avaro y melancólico hasta la crueldad. A la vista de la divinidad se prostituían las doncellas, y el dinero que recibían

se conservaba para su dote. ¿De qué les servía tener un magistrado para velar por las costumbres? Hércules ó Melcarte les inspiró grandes empresas; pero el esplendor que esparcía estaba mancillado por sacrificios humanos, que se renovaban en épocas fijas, y en las circunstancias más difíciles se le inmolaban aquellos á quienes más se quería. Cuando fueron vencidos por Agatoclo, pensaron que era castigo de Melcarte, porque hacía algún tiempo que se habían mostrado poco generosos en las ofrendas que le habían enviado á Tiro. Remitiéronlas, pues, profusamente, despojando á los templos hasta de sus tabernáculos de oro. Temerosos después de que el dios estuviera irritado todavía á causa de que le inmolaban, en vez de niños bien nacidos, infelices criaturas compradas, le sacrificaron doscientos de las principales familias: además trescientos hombres, que perseguidos por diferentes delitos, se ofrecieron á morir espontáneamente. Durante el asedio de Agrigenta, cuando la peste hacía más estragos, fueron arrojados al mar gran número de hombres para aplacar la cólera de Neptuno. Hallábase Anibal en Italia cuando se le anunció que estaba señalado su hijo para el sacrificio anual, y exclamó de este modo: *preparo á los dioses sacrificios que les serán más agradables*. En vano impusieron Dario y Gelon por condición á los cartagineses que cesaran de ensangrentar sus altares, pues la superstición prevaleció; sobreviviendo á la pérdida de la gloria y de la independencia, resistió á los decretos imperiales, y este abominable uso subsistía aún en el siglo III después de Jesucristo, si bien á la sombra del secreto.

Donde quiera que extendieron los cartagineses sus armas y su comercio llevaron este detestable rito. En toda su religión dominaban imágenes sombrías y feroces, así como abstinencias voluntarias, torturas, reuniones nocturnas en las tinieblas, supersticiones atroces y disolutas que degradaban las almas. ¿Debe por ventura extrañarse encontrar á los cartagineses duros, serviles, egoístas, codiciosos, inexorables, sin fé como sin compasión, cuando su culto, una aristocracia mercantil y el dinero, su móvil supremo, cerraban su corazón á toda emoción generosa?

Insistiendo, pues, en juzgar de la bondad

de un gobierno según favorece más á la moralidad pública y privada, no podríamos unirnos de ningún modo á los que elogian el de Cartago, y menos todavía al filósofo de Stagira que proclama la constitución de los cartagineses y la de los espartanos, como las mejores entre las de los pueblos antiguos. Disgustado Aristóteles de las continuas agitaciones de Atenas, no hallaba mérito más que en la inmovilidad, error de que participan otros muchos, para quienes bondad y estabilidad son una misma cosa.

Era Cartago el centro de la vitalidad y de la unión; todo lo que se hacía en las provincias ó colonias debía dirigirse únicamente á su provecho; eran sus ciudadanos el cuerpo dominante. Emigrados los fenicios trasportaron probablemente á Africa las formas de su país natal al mismo tiempo que de una monarquía templada; pero después consiguió la victoria la aristocracia, aunque á pesar de esto, las tentativas en contra duraron hasta la guerra con los romanos. Era sin duda una nobleza hereditaria, descendiente de los principales personajes bajo cuya dirección se estableció la colonia primitiva. Presidían en el Senado dos sujetos, jefes del gobierno de Cartago; no eran elegidos como en Esparta en sólo dos familias sino entre todos los ciudadanos; no mandaban los ejércitos, pero ejercían funciones judiciales, en diferencia también de los reyes espartanos. En el caso de disentimiento por su parte y la asamblea aristocrática, se consultaba al pueblo, sin que por eso tuviese el derecho de votar el impuesto ni elegir magistrados más que los de orden inferior. Parece que en el espacio de cuatrocientos años nadie aspiró á la tiranía: llegó después una época en que todos procuraron apoderarse de ella, tales como Hannon (340) y Bomilcar (308); pero no lo consiguieron. Instituyeron los centunviros con objeto de oponerse á los abusos de poder de los jefes del ejército; no era una popular magistratura, pues sólo los grandes eran llamados á ella, y no era la suerte como con respecto á los éforos de Esparta la que decidía la elección, sino el mérito ó la riqueza; la riqueza porque siendo los cargos honoríficos y no lucrativos sino por el contrario muy costosos, sólo los ricos podían aspirar á ellos. Al mismo tiempo que los miembros de la aristocracia componían el gran consejo, for-

maban el pequeño los ciento, tribunal supremo de estado y policía, que fácilmente podía degenerar en tiranía, por lo cual al fin se abrogó la dirección de todos los asuntos. Dividiase el mismo Senado en comisiones de quince miembros, quienes se ocupaban de objetos especiales y elegían á los miembros de la *gerusia*.

Compuesto el Sanhedrin del grande y del pequeño consejo, deliberaba sobre los asuntos exteriores, las embajadas, la paz y la guerra, las rentas, y algunas veces era necesaria para su decisión la sanción del pueblo.

No hubo jamás en Cartago tribunales populares, ni el sin número de males que produjeron en Grecia; pero pronunciaban comunmente los jueces penas atroces contra los acusadores, condenándolos á ser mutilados, apedreados, desollados vivos, crucificados, aplastados entre piedras, pisoteados ó devorados por bestias feroces.

Tomó fuerza la democracia durante las guerras púnicas, y llegó hasta la violencia; pretendieron los débiles, no sólo participar del poder, sino tiranizar á los fuertes. Multiplicándose las facciones nacidas en el Senado, por consecuencia de las rivalidades entre las dos familias más dominantes entonces, se aumentaron también las ocasiones de tener que recurrir al pueblo. Sobrevino después Anibal, que derrocó la antigua constitución, haciendo decretar que serían anuales las magistraturas; aumentáronse los abusos con esta medida, y ésta fué una de las causas de la ruina de Cartago.

Otra de las causas que contribuyeron á su pérdida fué la excesiva influencia y el predominio de ciertas familias, entre las cuales se elegía con preferencia á los generales y principales magistrados. Sirva de ejemplo la de Magón, que por espacio de cuatro generaciones dió capitanes á la república. No tenían los generales autoridad civil, y después de la guerra volvían á ser simples ciudadanos. Se les confirió poderes ilimitados en ciertas expediciones; en otras se colocaba á su lado algunos miembros de la *gerusia*, á quienes tenían que consultar, como sucedió con los comisionados de Venecia y de la Convención nacional. Pero Cartago mostraba una justicia demasiado rigurosa respecto de sus generales, y por lo comun, la cruz esperaba al vencido; perdía de esta ma-

nera un hombre útil y hacia que los jefes de sus ejércitos titubeasen en sus empresas. Era un sistema enteramente contrario al de Roma, donde el pueblo y el Senado salieron á recibir al cónsul vencido en Cannas para darle gracias por no haber desesperado de la salvación de la patria y convertirle en un héroe deseoso de tomar el desquite.

Muy comercial Cartago, era también agrícola, y sus alrededores, muy fértiles, estaban admirablemente cultivados; viólos Polibio «cubiertos de jardines y árboles, de canales para el riego, de casas de campo á la sombra de los olivos y las viñas con praderas siempre verdes y risueñas.» Ocupábanse tanto los principales ciudadanos como los más elevados magistrados en la agricultura, y varios de ellos escribieron sobre este asunto tratados que los romanos aprovecharon. Magon, con particularidad, trató de todos los trabajos campestres en una obra de diez y ocho libros, que desgraciadamente se han perdido. Los hijos de las grandes familias eran educados en los templos desde la edad de tres años hasta doce; aprendían en el intermedio de doce á veinte lo concerniente á la industria y diferentes oficios, y después de los veinte años se les instruía en los ejercicios militares. Debían entonces elegir la carrera en que querían entrar, ya fuera el sacerdocio ó la marina, el comercio, la industria ó la guerra. Pronto fué la lengua griega la dominante en el país, y profesores griegos enseñaban la filosofía.

Tenemos por único monumento del idioma de los cartagineses algunos versos de Plauto, quien al fin del *Pænulus*, hace decir á un mercader de esta nación en su idioma vulgar, palabras que otra persona traduce en seguida en latín. Pero aunque se han tomado gran trabajo los sabios, ninguno, según creemos, ha encontrado una interpretación que satisfaga, ni aún el mismo Bellerman.

Si se dá crédito á Estrabon, setecientas mil personas fueron sitiadas en Cartago por Escipion; pero aún admitiendo que se hubieran refugiado allí muchos habitantes de las campiñas comarcas, el número es seguramente exagerado, y la población común no debió pasar de doscientas cincuenta mil almas. Estaba repartida en tres principales cuarteles ó barrios; la ciudad nueva llamada Megara, rodeada

de una muralla que en ciertos parajes era triple; la más próxima á la parte interior tenía treinta codos de elevación con gran número de torres; habían hecho un edificio, cuyo piso bajo servía para alojar trescientos elefantes y cuatro mil caballos, además de los forrajes y equipos militares.

En la altura se levantaba el cuartel de Birsá (la Ciudadela).

Comprendía el tercero el puerto militar y la isla de Coton, de donde tomaba el nombre y se comunicaba con el puerto del mercado.

Escepto algunas inscripciones, nada ha salido de aquellas ruinas que pueda darnos á conocer el estado de las artes púnicas. Nada demuestra tampoco que el admirable acueducto de sesenta piés de altura, del cual Carlos V mandó sacar un bosquejo y sirvió de modelo al Ticiano para un tapiz de la casa de Austria sea obra de los cartagineses ó de los romanos. El agua que conduce, se recibe en diez y seis inmensas cisternas que se comunican entre sí, y que no tienen menos de cuatrocientos treinta piés de ancho.

Tal era el Estado contra el cual tenía que lidiar Roma.

## CAPITULO XVIII

### Primera guerra punica.

Al cuarto siglo de su fundación se muestra Cartago formidable conquistadora, lo cual debe á la familia de Magon principalmente. Su primer objeto era apoderarse de la Sicilia, mas detuvóla en sus proyectos Siracusa, que con no ménos ardor se proponía lo mismo. Desde el momento en que Gelon hubo derrotado á los cartagineses, que, para impedir á las colonias socorrer la Grecia invadida por Jerjes, habían penetrado en Sicilia, nada sabemos de ellos en el discurso de setenta años, sino que extendieron y consolidaron su dominación en Africa. Nuevamente se empezaron á entremeter en los asuntos de Sicilia durante la tiranía de Dionisio, y después, como ya hemos visto, bajo Agatoclo. Aquellas guerras tenían indudablemente por causa la importancia de la isla, si bien propendían asimismo á ocupar á los ciudadanos más poderosos, temiendo que con su crédito y riquezas les fuese fácil hacer servir á sus inte-

reses á las tropas mercenarias y sofocar la libertad en su patria. Es probable que á fuerza de persistencia, de habilidad y merced al inagotable poder del oro, hubieran llegado á avasallar la Sicilia á no ser por la rivalidad de los romanos.

Antiguamente había encontrado Cartago en los mares á ese pueblo, cuando ya poderoso bajo sus reyes, luchaba contra los etruscos. Poseemos documentos que no dan lugar á dudas. En el mismo año de la expulsión de los Tarquinos, celebró Cartago un tratado con Roma (508), que es el documento más antiguo de la República romana. Allí se estipula que ésta y sus aliados hacen alianza con Cartago, á condición de no navegar allende el cabo Bello, á menos de ser impelidos por la tempestad ó por el enemigo; aún en este caso se obligan á no traficar, salvo en los objetos estrictamente necesarios para el avituallamiento de los buques y el culto de los dioses, y á hacerse á la vela dentro del preciso término de cinco días. No obstante aquellos de sus mercaderes que arriben á Cartago estarán libres de derechos y se harán bajo la fe pública las ventas; hasta obtendrán privilegios en la parte de Sicilia sometida á los cartagineses, que además no causarán perjuicio alguno á los pueblos de Ancio, de Ardea, de Laurencio, de Circei, de Terracina, ni á ningún otro pueblo latino dependiente de ellos, ni daño á las ciudades independientes; si tomaren alguna se la restituirán intacta á los romanos; no construirán fortalezas en los países de los latinos, y si entraren en ellos con armas, no harán allí noche.

Este precioso documento bastaría para demostrar cuán inexactas son las narraciones de los escritores que nos representan á Roma como débil mientras no tomó con la libertad su vuelo, cuando la vemos aquí potencia marítima, soberana de muchos pueblos latinos y protectora de los otros.

Cartago se muestra por otra parte celosa de conservarse dueña del Mediterráneo, y este motivo la induce á fijar límites á la navegación extranjera, dejando, no obstante, á los mercaderes la libertad del comercio con la Libia y la Cerdeña. Por otro segundo tratado fueron asociadas las ciudades de Tiro y Utica y sus aliadas á los cartagineses. Convínose en que

si éstos se apoderaban de alguna ciudad latina independiente de Roma, se la cedieran sin reservarse más que el oro y los prisioneros; si los cogían en un pueblo que estuviera en paz con los romanos, aunque no bajo su dependencia, no los harían entrar en los puertos romanos; de otro modo se les restituiría la libertad sólo con que tocaran á un ciudadano. Estipulóse reciprocidad por parte de los romanos que consintieron en no erigir ciudades en Africa ni en Cerdeña; pero pudieron comprar y vender en los países cartagineses en igual pié con los indígenas, y lo mismo los cartagineses en el territorio romano.

Cuando Pirro invadió la Sicilia, hicieron Roma y Cartago un convenio por cuyo tenor se obligaron á no tratar separadamente con el rey de Epira. Debía Cartago en caso de necesidad suministrar buques, mas no podía desembarcar en Italia sin el beneplácito de Roma. Juzgando los cartagineses que la expulsión de Pirro era un caso de necesidad, enviaron por socorro á Ostia treinta galeras; pero Roma les dió gracias y las despidió, por evitar que al conseguir la victoria se llevaran esclavos y despojos del suelo italiano.

Esforzábase, pues, cada una de las ciudades para impedir que la otra poseyera nada en las tierras de su dependencia, y trataban bajo el pié de una igualdad absoluta. No obstante la constitución interior de ambas repúblicas establecía entre ellas una gran diferencia. Cartago poseía suficiente oro para comprar tantas tropas como quisiera; pero Roma tenía la natural preponderancia de una ciudad belicosa sobre una nación comercial. Superábala por mar Cartago, pues sería un error deducir de lo que llevamos dicho que poseía Roma buques de alto bordo; y en nuestros días hemos visto ser formidable la marina de los Estados berberiscos sin armar navíos de línea. Cuando por otra parte se fija la atención en lo que eran hace pocos siglos, Génova, Venecia, la Toscana, y en lo que son actualmente, no hay motivo para asombrarse de que Roma hubiese perdido su importancia naval en tan poco tiempo; ocupada en sujetar la Italia dejó que se deteriorara su marina en vez de mantenerla al nivel de las mejoras que introducían en la suya Dionisio y los cartagineses. Así al estallar la